

De la "enfermedad", por la recuperación

Sofía Salamovich

Se ha hablado mucho durante estos últimos dieciséis años de que el país se habría "enfermado" psicológicamente. Se ha hablado del miedo, del dolor, de la desesperanza y de los duelos. Hoy día este país puede comenzar con mayor libertad a poder preguntarse cuán "enfermo" ha estado y hacia dónde quiere encaminar su mejoría.

Parece que cuando nos sentimos con mayor fuerza nos atrevemos a asumir cuán débiles nos hemos sentido y cuánto temor e inseguridad ésta nos ha creado.

No fue inusual que muchas personas en medio de la inmensa alegría experimentada luego del triunfo en el plebiscito del 5 de octubre, sintieran también una profunda tristeza, una cercanía posible en ese momento con tantas pérdidas, con tantas ausencias, con tantos repliegues.

Este "enfermo" se da cuenta que ha estado muy silencioso, ha aprendido a callar y a veces hasta a no imaginar palabras para no tener que esconderlas, a no recordar para evitar sufrir.

Se da también cuenta que ha estado asustado, que sus movimientos se han restringido, que ha perdido soltura y flexibilidad. Siente asimismo que ha vivido en soledad, que ha tenido deseos de contactarse, pero el miedo se lo ha impedido. La pena llegó a ser tan intensa que hubo que congelarla, ponerla a distancia.

Por momentos, la sensación de amenaza a su sobrevivencia fue tan fuerte que este "enfermo" decidió funcionar a través de pequeñas unidades las que se mantendrían a sí mismas, volviéndose así menos vulnerable.

Cada una de estas unidades, con dificultad aprendió a funcionar en forma independiente, conservando en su interior como un tesoro el saber acerca del funcionamiento total.

Combinar tareas y ritmos

El enfermo se escucha hablar hoy y se sorprende, hay tantas palabras que creía haber olvidado y que hoy pronuncia con la misma facilidad, hay algunas que le son insuficientes para nombrar las experiencias que ha vivido y otras que aparecen totalmente en desuso. Nota que habla a borbotones, le cuesta escuchar, se nota apresurado. Parece que hay que retomar el tiempo

y no perderlo nunca más. Sus movimientos no son armónicos, las diferentes partes de su cuerpo quieren recuperar fuerza y lo hacen a distinto ritmo, parecen también estar apresuradas. Ponerlas de acuerdo no es fácil.

Las unidades autónomas comienzan a intentar funcionar "en relación", la coordinación no es instantánea. Ese "saber" compartido que se guardaba, se ha ido transformando y cada una parece tener su propia versión acerca

de ésta, la que le parece verdadera. Es necesario llegar a consensos, parece un desafío lleno de dificultades.

El transcurrir del tiempo ha implicado cambios, cual Bellas Durmientes las unidades han despertado en otra época. Hay que ser modernos o más bien post modernos, eficientes y dinámicos. No es fácil para nuestro enfermo combinar tareas de recuperación para las que se requieren diferentes ritmos.

Durante su padecimiento han ocurrido daños muy importantes, concretos, evidenciables, que hay que reparar con rapidez y diligencia. Al mismo tiempo, hay necesidades reparatorias que exigen un ritmo más lento. Descongelar penas es una tarea delicada, sobre todo cuando implica a muchos y de modos tan diferentes. Nombrar lo que no ha sido nombrado tampoco es fácil. ¿Cómo nombrarlo? ¿Quién lo va a nombrar? ¿Cuándo lo va a hacer? Parece que aquí también encontramos opiniones diferentes y reclamos variados de posesión.

Un marco que asegure

¿A quién pertenecen los símbolos colectivos? ¿Cuál es su significado correcto? ¿Cómo actualizarlos y proyec-

Navegación

*Hacia ti navego,
en el mismo delicado
barco de mi infancia
que tantas veces
extravié según el viento
o se intentó arrebatarne,
presto,
no sé si a admitir
que también ahora
quede confinado
en el recuerdo
o seguro
de arribar a puerto.*

J.P. 

tarlos? Volvemos a nuestro "enfermo". ¿Qué enfermó en él? Dicen que algo llamado *democracia*. Dicen que no la cuidaba, que no la valoraba, que no se daba cuenta de lo importante que era para él.

El "enfermo" siente que fueron partes de su propio cuerpo que lo agredieron, lo tomaron por sorpresa, lo invadieron y le impusieron un ritmo que no era el que reconocía como propio.

Parece que hay algo de cierto en ambas visiones. ¿Cómo ir las integrando, asignándoles su justa valoración?

El riesgo de la polarización pende amenazante. Hay ya una larga historia al respecto y los últimos dieciseis años la han visto intensificarse notoriamente.

El enfermo está dolido y quiere hacerse justicia por la agresión recibida. Esta ha sido intensa, violenta y prolongada.

Durante estos últimos años en el cuerpo del "enfermo" aparecieron estructuras que memorizaban estas agresiones, daban protección hasta donde podían a las partes dañadas y expresaban a través de su voz las muchas voces que estaban silenciadas.

Hoy, al existir mayor libertad, aparece importante para la recuperación de nuestro afectado que cada parte de él asuma su propio daño, pueda hablar acerca de él, compartirlo e iniciar un camino reparatorio junto a otros. El reconocimiento, aunque doloroso, permite ir adquiriendo una justa mirada acerca de lo destruido y también de lo conservado y adquirido.

El cuerpo que empieza a ponerse de pie necesita empezar a funcionar, ver qué conserva de su funcionamiento del pasado, incorporar nuevos estilos y ser capaz de abandonar comportamientos que fueron útiles para una etapa y que hoy resultan insuficientes.

Se ha vivido un largo período de fragmentación y desencuentro. Hoy se hace necesario un proceso de re-encuentro, de re-conocimiento, de rescate de los puntos en común y de respeto a las diferencias que existen entre los diferentes componentes de este cuerpo que nos pertenece a todos, permitiendo el restablecimiento de un marco que asegure que no vuelva a producirse una "enfermedad" tan dolorosa. (X)

Underground

Guillermo Campero

"El hombre atraviesa el presente con los ojos vendados. Sólo puede *intuir* y *adivinar* lo que de verdad está viviendo. Y, después cuando le quitan la venda de los ojos, puede mirar al pasado y comprobar *qué* es lo que ha vivido y cuál era su sentido". (Milan Kundera, en *El libro de los amores ridículos*).

Entonces el pasado aparece como una foto en tono sepia. Uno se reconoce en ella, evoca la circunstancia, identifica el gesto, los sentimientos, la época de la vida allí plasmada. Y se sonríe. Se da cuenta de lo que aprendió, los errores cometidos, las victorias y los desastres. Y se sonríe otra vez, porque sobrevivió a todo ello.

Las fotografías en tono sepia tienen siempre dos historias. La exterior y la íntima. Una es la que se compartió con tantos; la otra es interior. *Sub-sole* y *sub-terra*.

La historia exterior puede ser política; por ejemplo, el plebiscito. En este caso, observar la fotografía nos traslada a un clima colectivo, revivimos las incertidumbres, pero también el viento de epopeya. Reconocemos los gestos de prisa, el debate, los argumentos. Nos vemos todos

caminando, fluyendo desde el pasado, apropiándonos del presente; levantando las banderas, colmando nuestras calles, las plazas, respirando juntos.

Y, de pronto, un rostro, hasta un nombre, nos transporta hacia aquello que fue íntimo, en medio de lo público. Tal vez una amistad, a lo mejor un amor maduro. Un nombre que recorría las venas, pulsaba los sentidos, conmovía, irritaba, enamoraba, distanciaba.

Cada nombre de éstos tiene su sabor, su sonido, su placer, su dolor. Nombres con mayúscula, con minúscula. Tantas formas de nombrar: impaciencia furiosa, montaña rusa, pensamiento hablado. ¡Códigos de a dos!

¿Cuál de las historias permanece? A veces la pública es una ilusión. A veces la íntima es una invención. A veces las dos son verdaderas. ¿Qué es lo que primero borra el tiempo?

No lo sabemos. No lo he pensado.

Sólo que hoy me encontré una foto sepia en el bolsillo izquierdo de un traje antiguo. (X)

